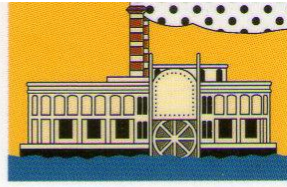


EL BARCO



DE VAPOR

Gabriela Keselman

# Nadie quiere jugar conmigo



Ilustraciones de Miguel Ordóñez

20ª EDICIÓN



sm

*Primera edición: mayo 1997*  
*Décima quinta edición: octubre 2005*

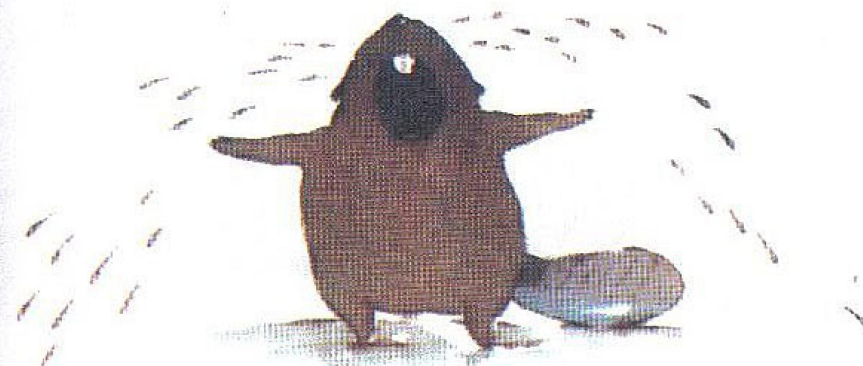
Dirección editorial: Elsa Aguiar

© del texto: Gabriela Keselman, 1997  
© de las ilustraciones: Pablo Echeverría  
© Ediciones SM, 1997  
Impresores, 15 - Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

Centro de Atención al cliente  
Tel.: 902 12 13 23  
Fax: 91 428 65 97  
e-mail: [clientes.cesma@grupo-sm.com](mailto:clientes.cesma@grupo-sm.com)

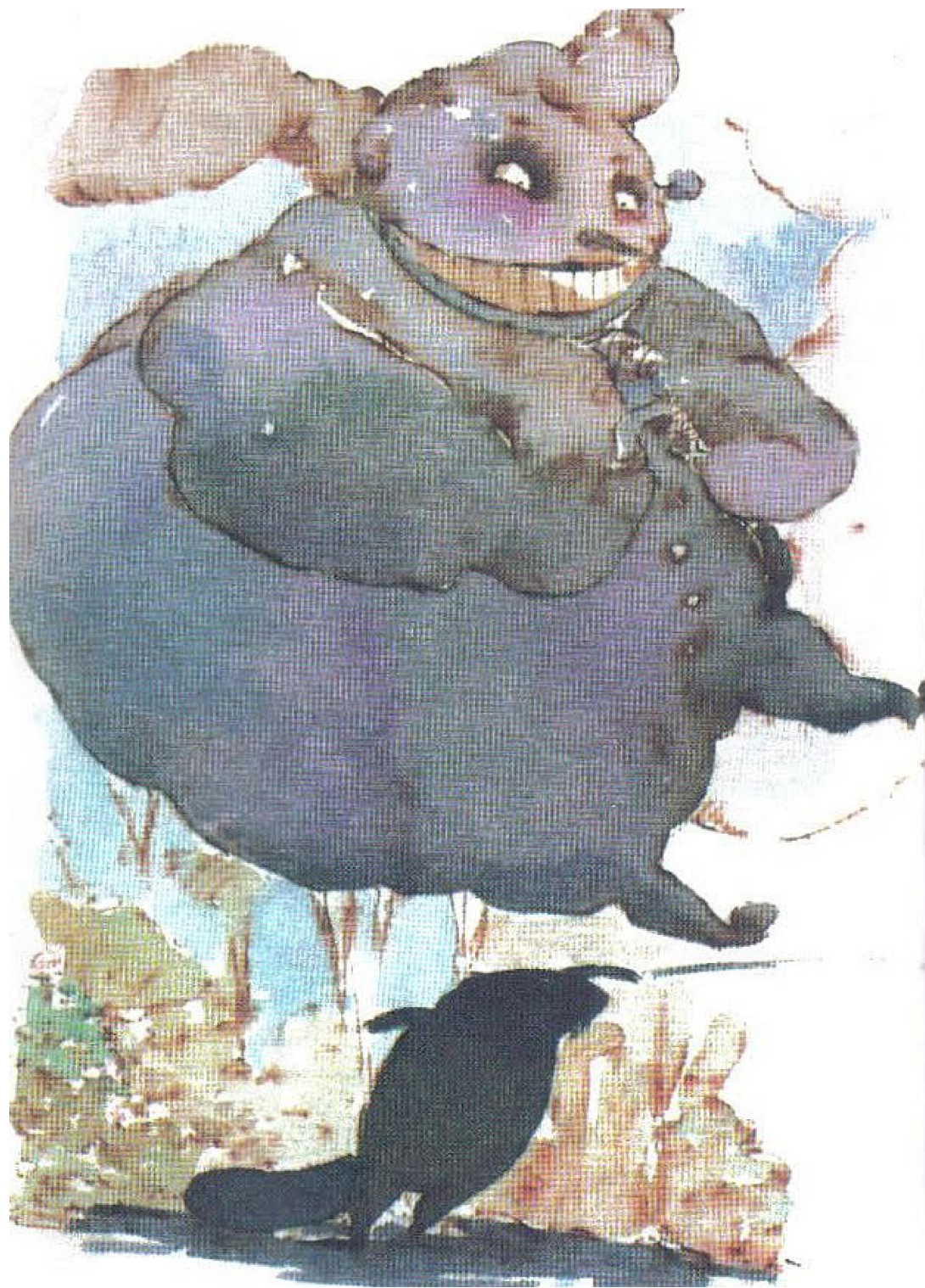
ISBN: 84-348-5244-6  
Depósito legal: M-37362-2005  
Impreso en España / *Printed in Spain*  
Orymu, SA - Ruiz de Alda 1 - Pinto (Madrid)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.



Había una vez  
un castor llamado Pocosmimos.  
Era muy chiquitito,  
pero tenía una soledad  
muy grande.

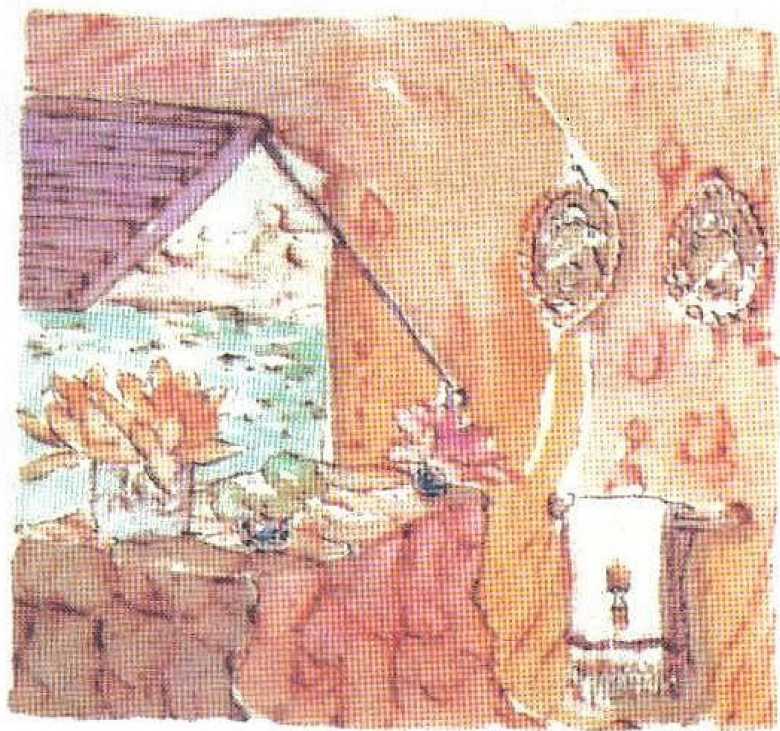




Un día,  
Pocosmimos se sentó  
debajo de una nube.  
La más negra que encontró.  
Arrancó una zarzamora.  
Y la arrojó  
hacia ninguna parte.  
Luego, cogió otra.  
Y la lanzó  
más lejos todavía.  
Así,  
hasta dejar el arbusto pelado:

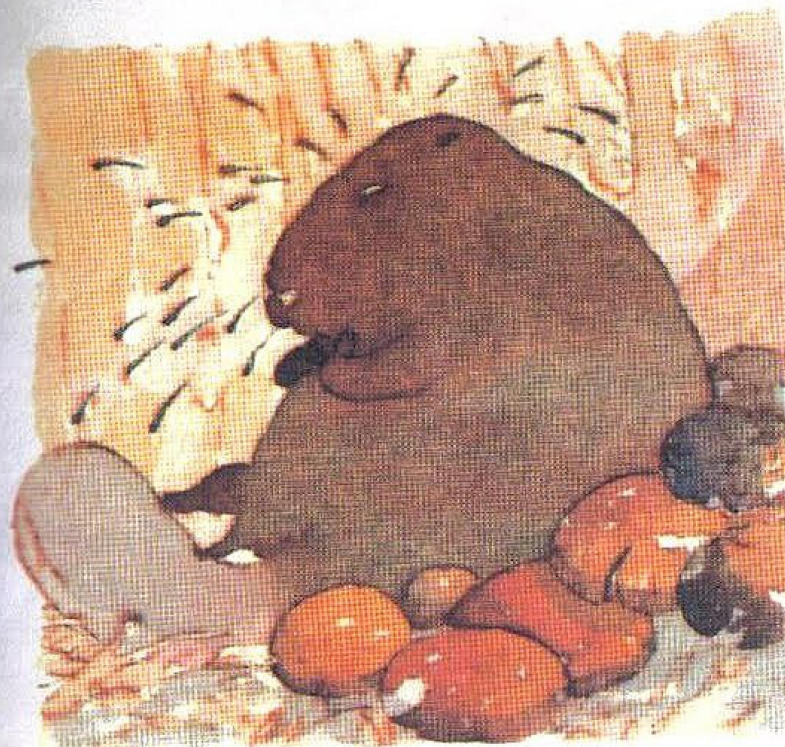


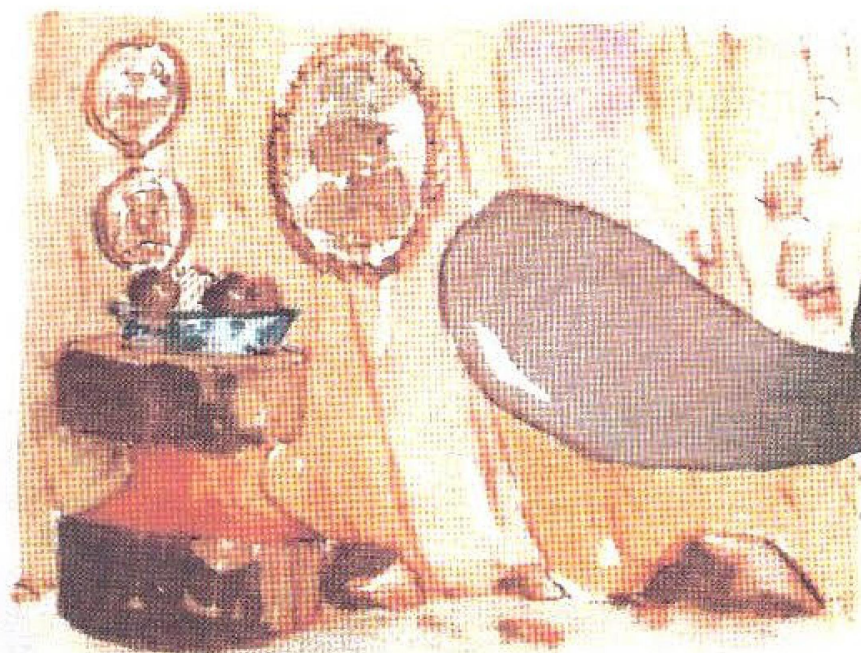
Después, apoyó la cabeza  
en su almohada de setas.  
Y se puso a llorar.



Lloró y lloró  
hasta que las palabras  
se le mojaron.

—¡Buaadie eee gaaar ooonmioooooo!  
—se lamentaba.



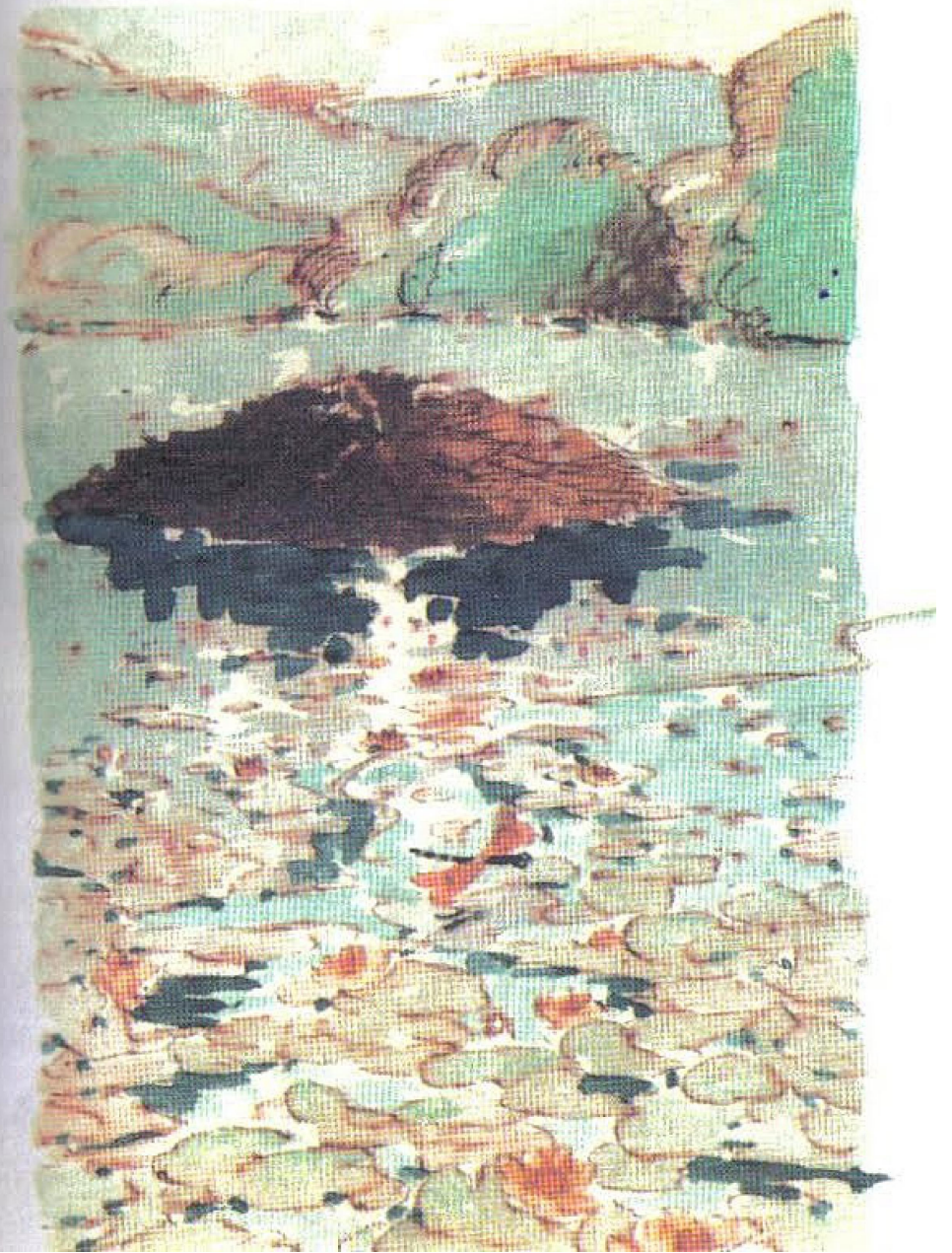
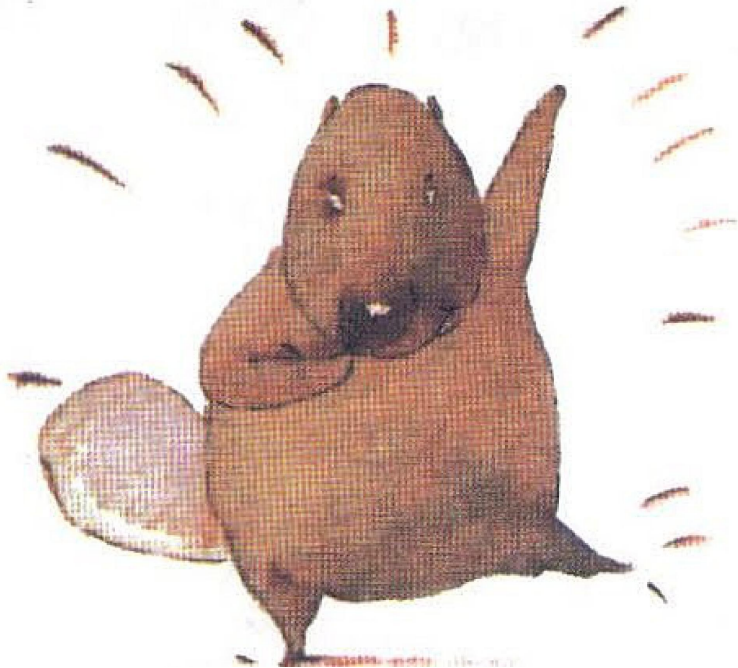


Cuando las lágrimas  
se secaron un poco,  
la cosa se aclaró.



—¡Na die eee gaaar con mi go!  
—dijo,  
hipo va hipo viene.  
Pero,  
hasta que no se sonó la nariz,  
no se le entendió ni torta.  
—¡Nadie quiere jugar conmigo!  
—suspiró al fin.

Cuando ya no le quedó  
ni un puchero,  
ni un gemido,  
ni un resoplido,  
Pocosmimos tuvo una idea.  
¡Una fiesta!  
Haría una fiesta en el río.  
En su islote preferido.





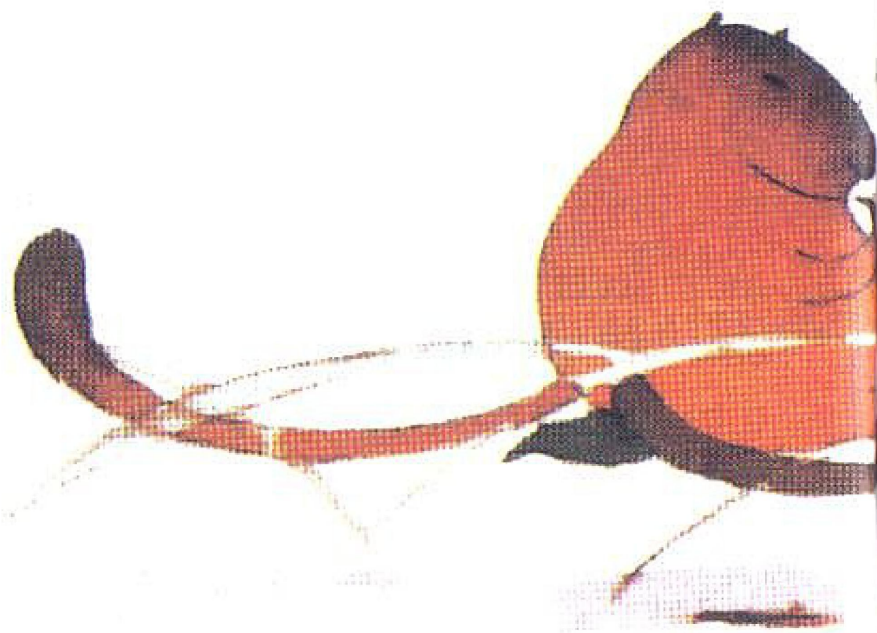
Así que,  
al día siguiente,  
se levantó temprano.  
Preparó una tarta  
de arándanos con leche.



Colgó bellotas luminosas  
por todas partes.  
Y, con una ramita  
mojada en jugo de grosella,  
escribió invitaciones  
a todos los gatos de la región.



Los gatos recibieron la noticia  
encantados.  
Se relamieron los bigotes  
pensando en tantos manjares.  
Y se fueron gateando  
a la fiesta de Pocosmimos.



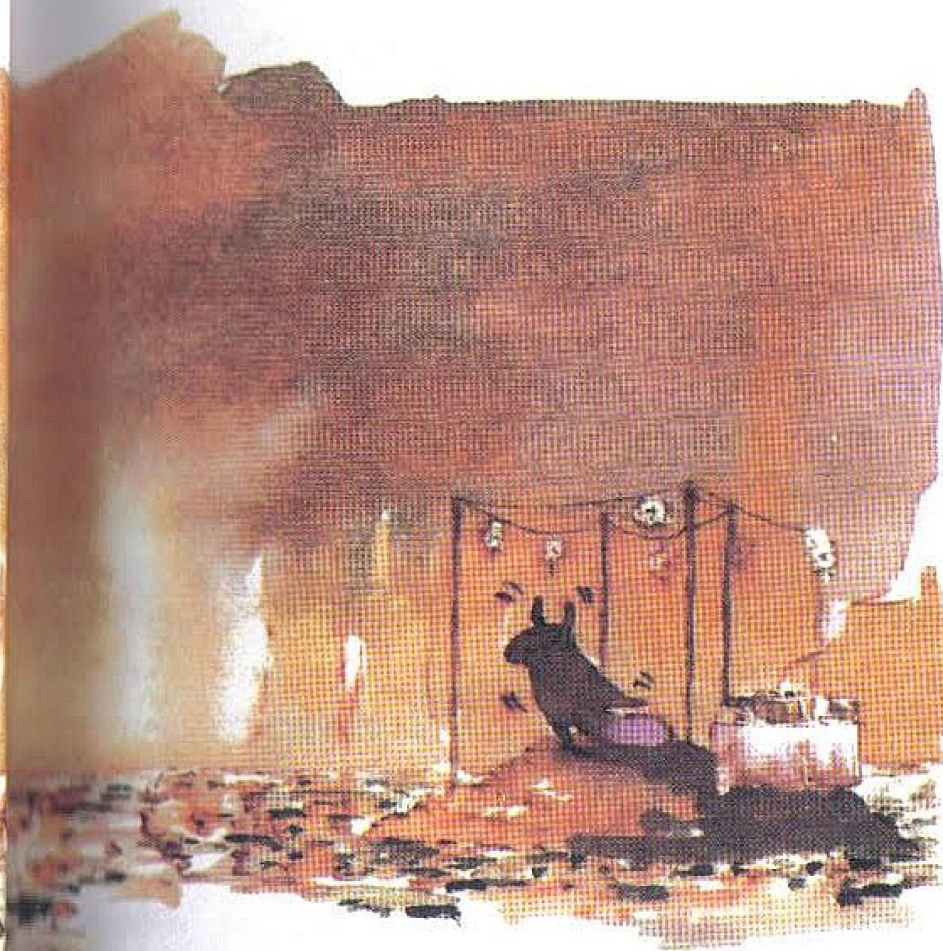


Pero cuando llegaron  
a la orilla del río,  
se detuvieron horrorizados.  
El islote estaba  
en medio del agua.



Agua por aquí,  
agua por allá.

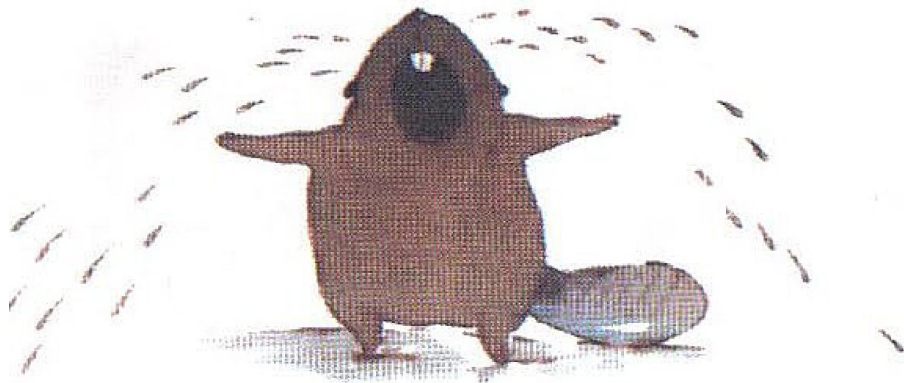
No había puentes,  
ni barcas,  
ni siquiera un tejado  
por donde cruzar.



Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.  
Pero los gatos le maullaron:  
—¡De nadar, ni hablar!  
Y se volvieron a casa.

Pocosmimos se puso a llorar  
otra vez.

Lloró y lloró  
hasta que la tarta,  
las bellotas  
y las palabras se le mojaron.



—¡Buaadie eee gaar oonmioooooo!  
—se quejó amargamente.  
—¡Na die eee gaar con mi go!  
—dijo al rato.



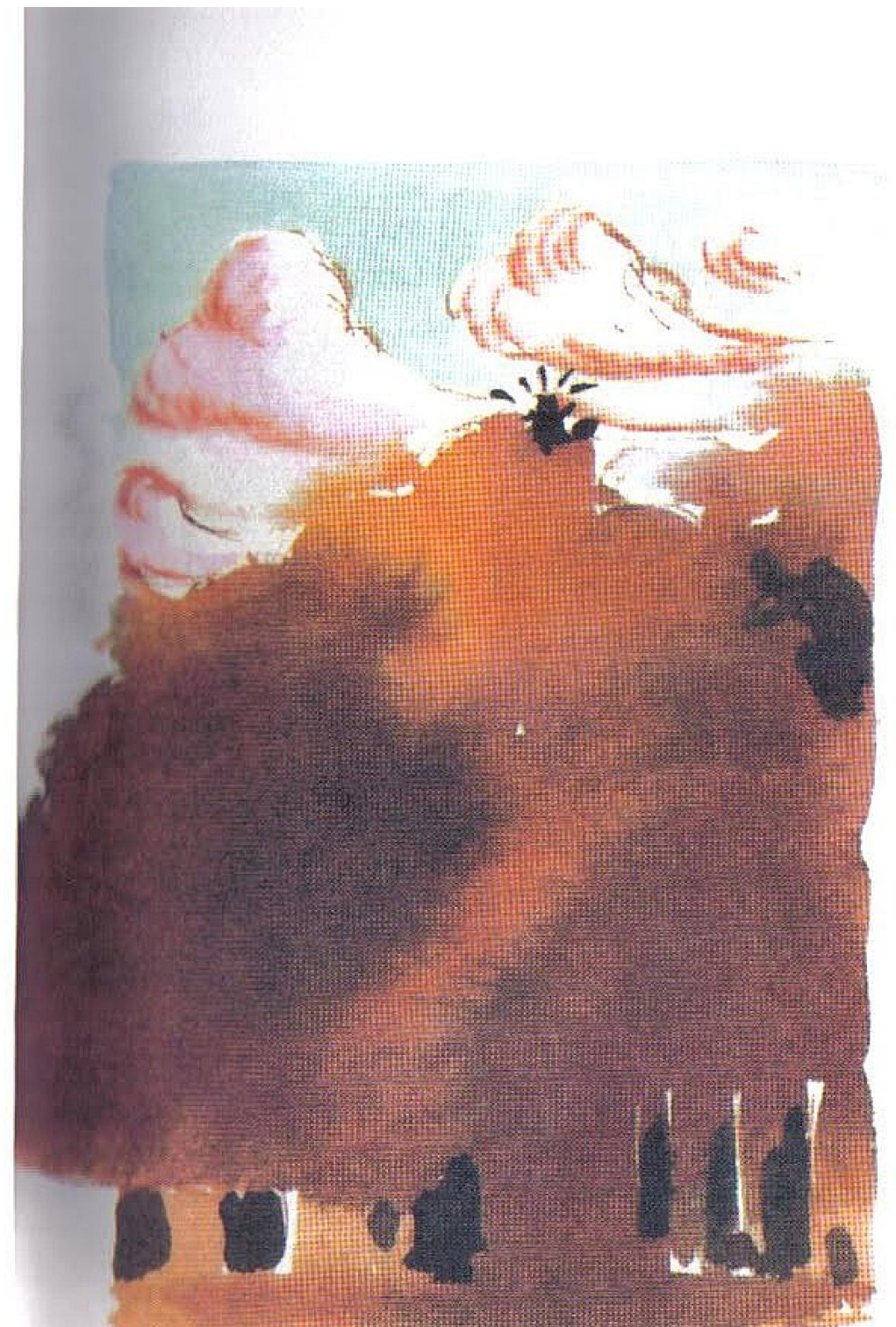
—¡Nadie quiere jugar conmigo!  
—exclamó por fin.



Cuando se secó toda su pena,  
tuvo una nueva idea.

¡Otra fiesta!  
Esta vez haría la fiesta  
en su árbol favorito.

Así que,  
por la mañana,  
subió a la copa del roble.  
Puso música de baile  
y organizó juegos de animales.





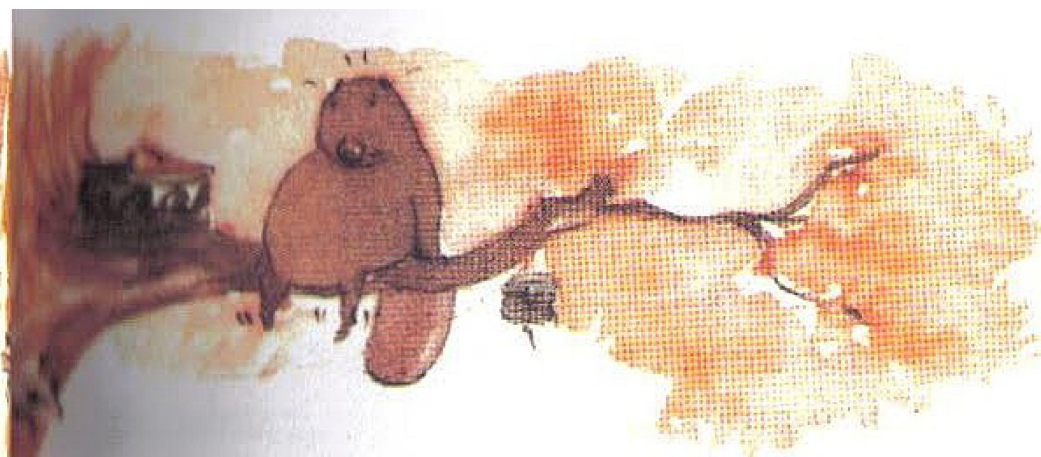
Luego, envió tarjetas  
a todos los patos del pueblo.

Los patos eran unos aburridos.  
Así que la invitación  
les entusiasmó.  
Y se fueron pateando  
a la fiesta de Pocosmimos.

Pero cuando llegaron  
al tronco del roble,  
se detuvieron espantados.



¿Cómo iban a llegar arriba?  
No había escalera,  
ni ascensor,  
ni siquiera una gotera de agua  
por donde subir.

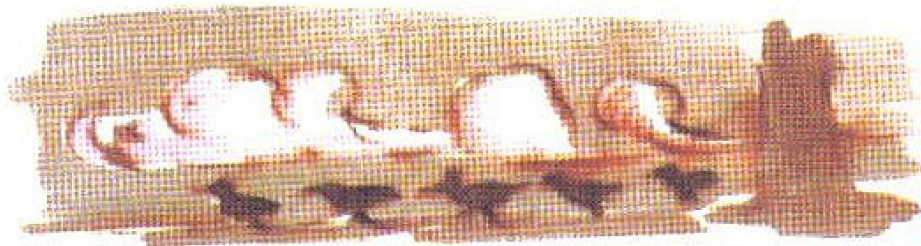


Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.

Pero los patos le cuaquearon:

—¡De trepar, ni hablar!

Y se fueron  
por donde habían venido.



Pocosmimos tenía el corazón  
empapado de tanto llorar.

Y empezó otra vez:

—¡Buaadie eee gaaar oonmioooooo!

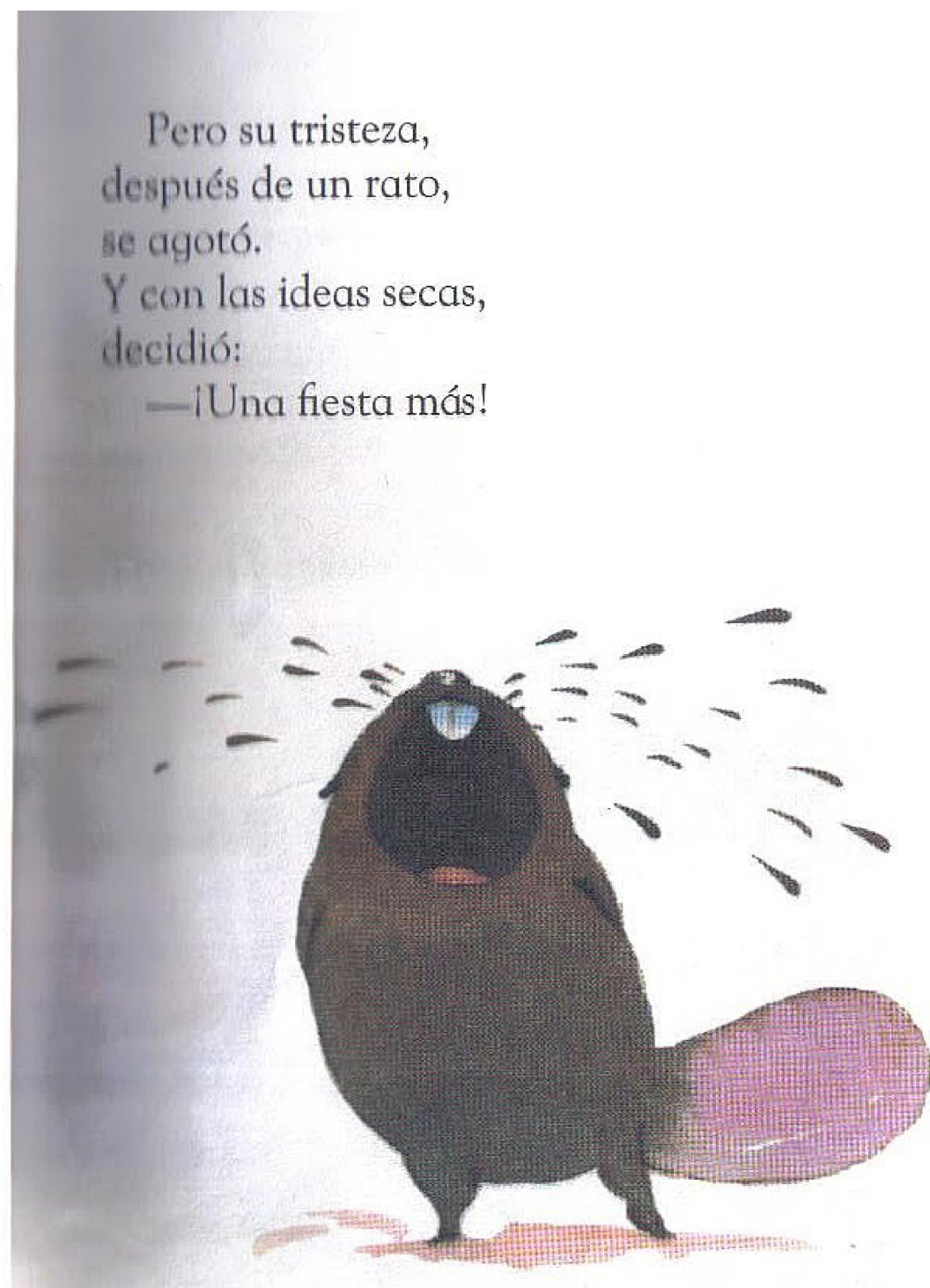
—¡Na die eee gaaar con mi go!

—¡Nadie quiere jugar conmigo!

Pero su tristeza,  
después de un rato,  
se agotó.

Y con las ideas secas,  
decidió:

—¡Una fiesta más!

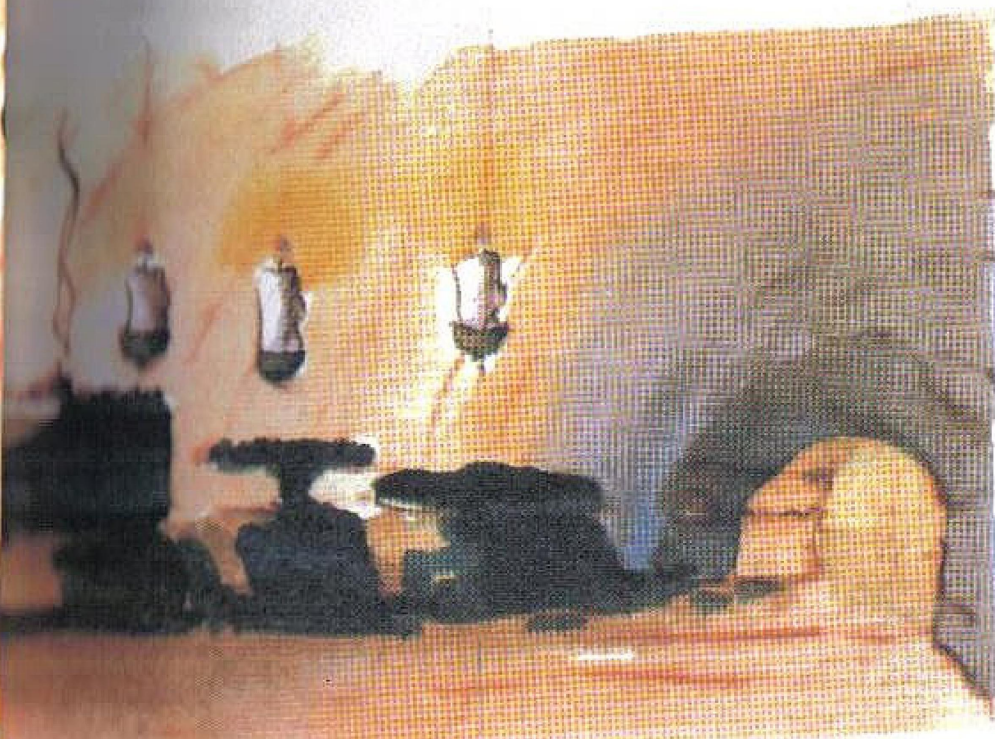




Esta vez  
sería en su cueva predilecta.  
La más pequeña.

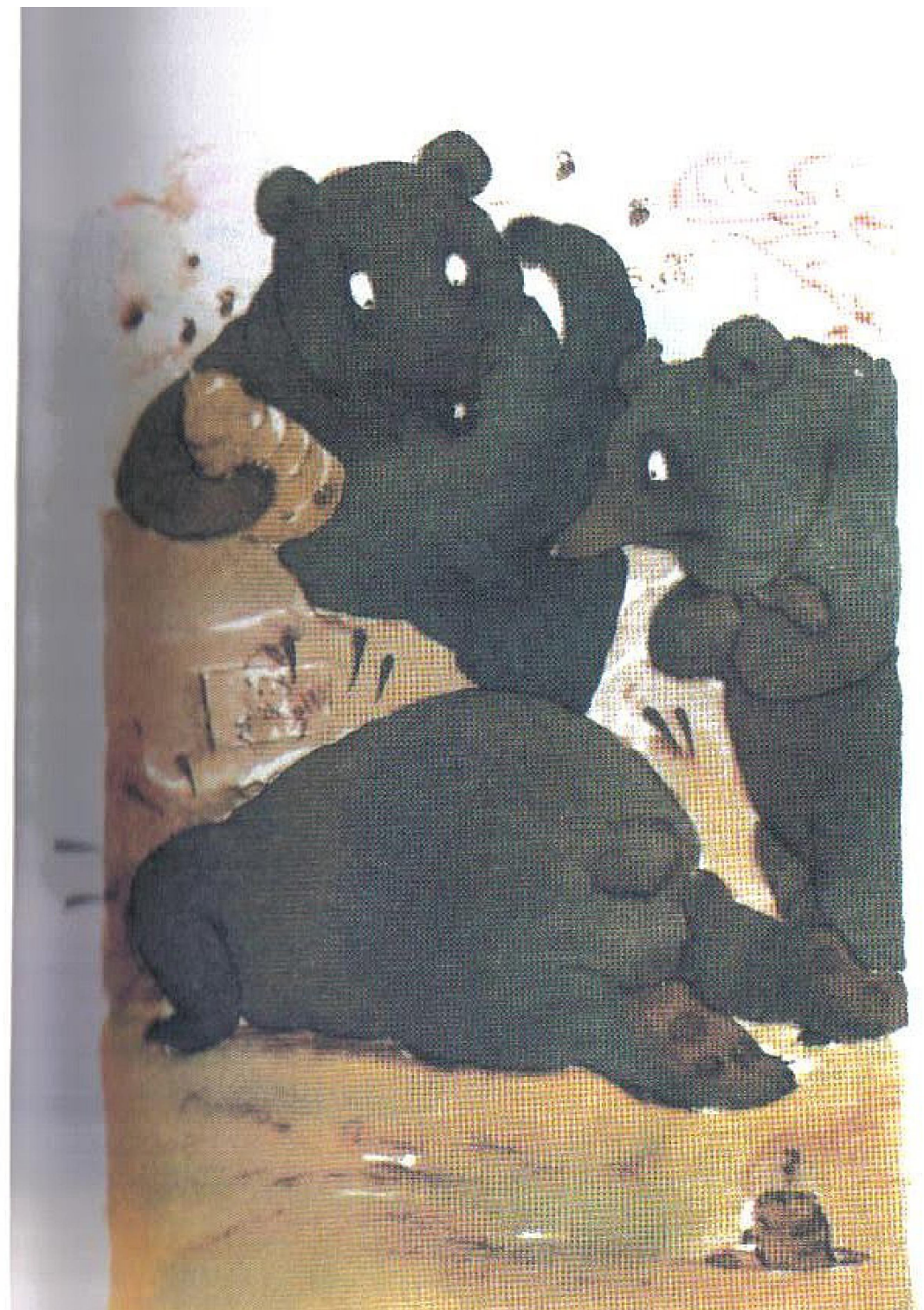
Así que, esa tarde,  
la adornó con velas olorosas  
y encendió un fuego  
en el rincón.

Después, mandó invitaciones  
a todos los osos del bosque.



Ay, los osos...  
¡Cómo se alegraron!  
Dejaron  
todo lo que tenían que hacer.  
Que no era mucho.  
Y salieron osados  
a la fiesta de Pocosmimos.

Pero cuando quisieron entrar  
en la cueva,  
se quedaron atascados.

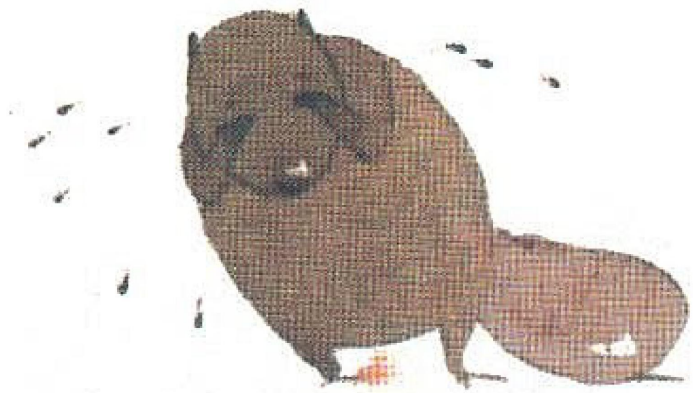




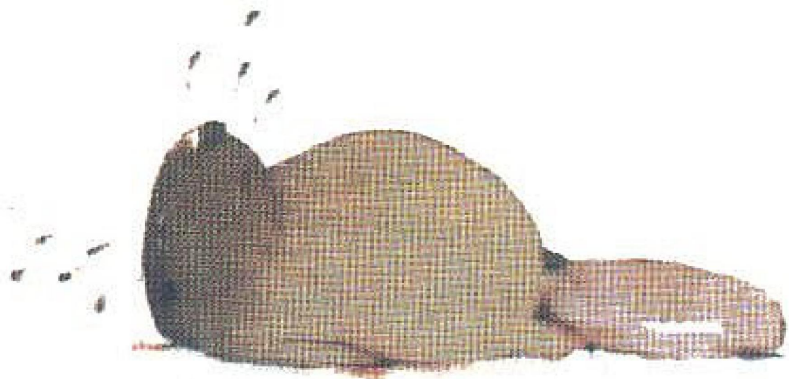
Eran demasiado gordos.  
Y no había  
ni una puerta grande,  
ni una ventana enorme,  
ni siquiera una grúa  
para empujarlos hacia dentro.



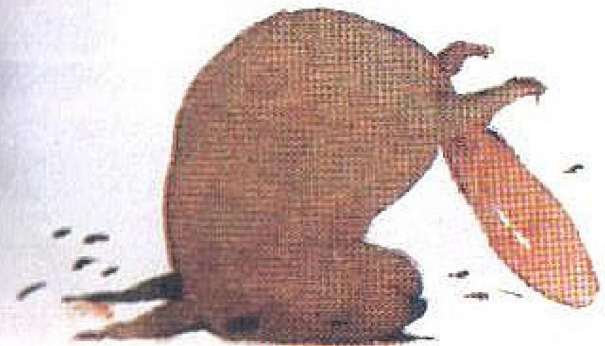
Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.  
Pero los osos le gruñeron:  
—¡De adelgazar, ni hablar!  
Y se dieron media vuelta.



Pocosmimos chapoteaba  
en la más triste  
de las soledades.  
Y repetía la cantinela  
de siempre:



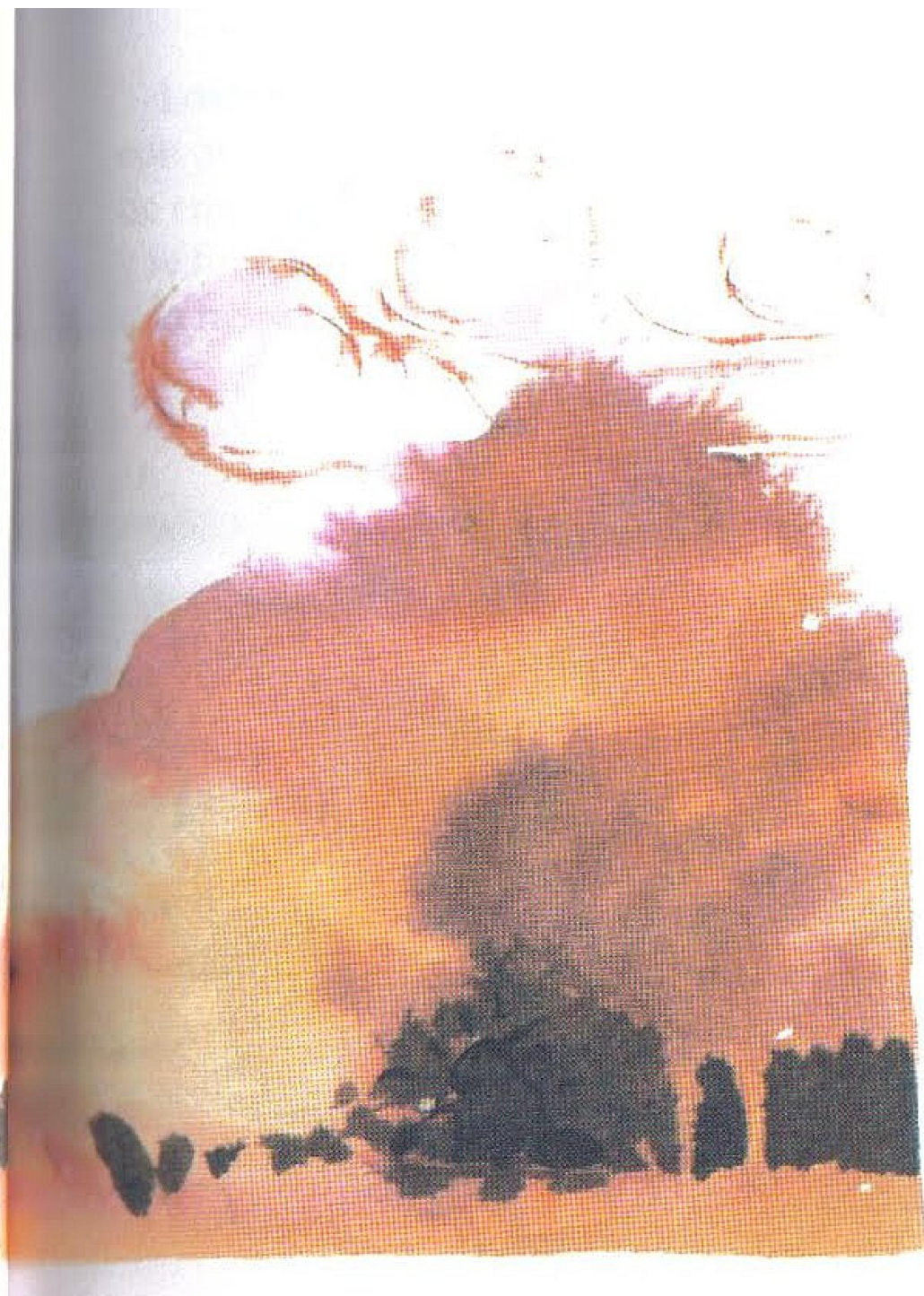
—¡Buaadie eee gaaarr oonmmioooooo!  
—¡Na die eee gaaar con mi go!  
—¡Nadie quiere jugar conmigo!



Cuando se cansó,  
se le ocurrió una nueva idea.

¡Una fiesta diferente!  
Haría una fiesta escondida.

Así que buscó enseguida  
un lugar espeso y oscuro  
entre la maleza.

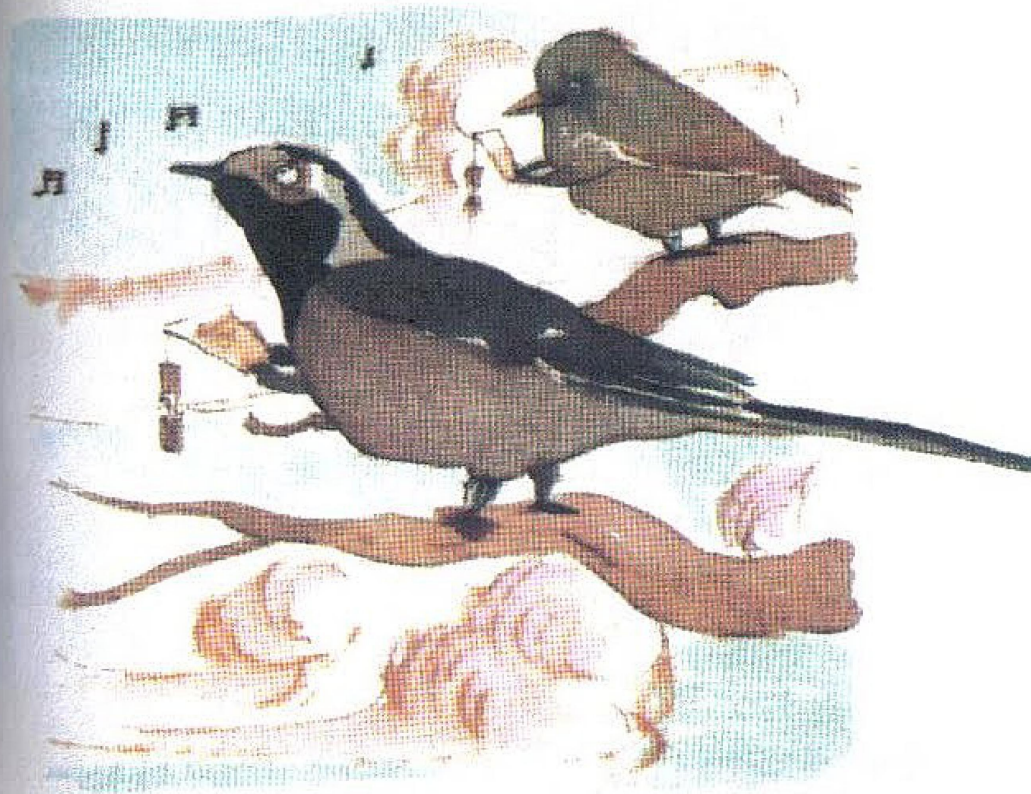


Allí cavó un agujero  
y se ocultó.

Por último,  
lanzó cartas  
a todos los pájaros del cielo.

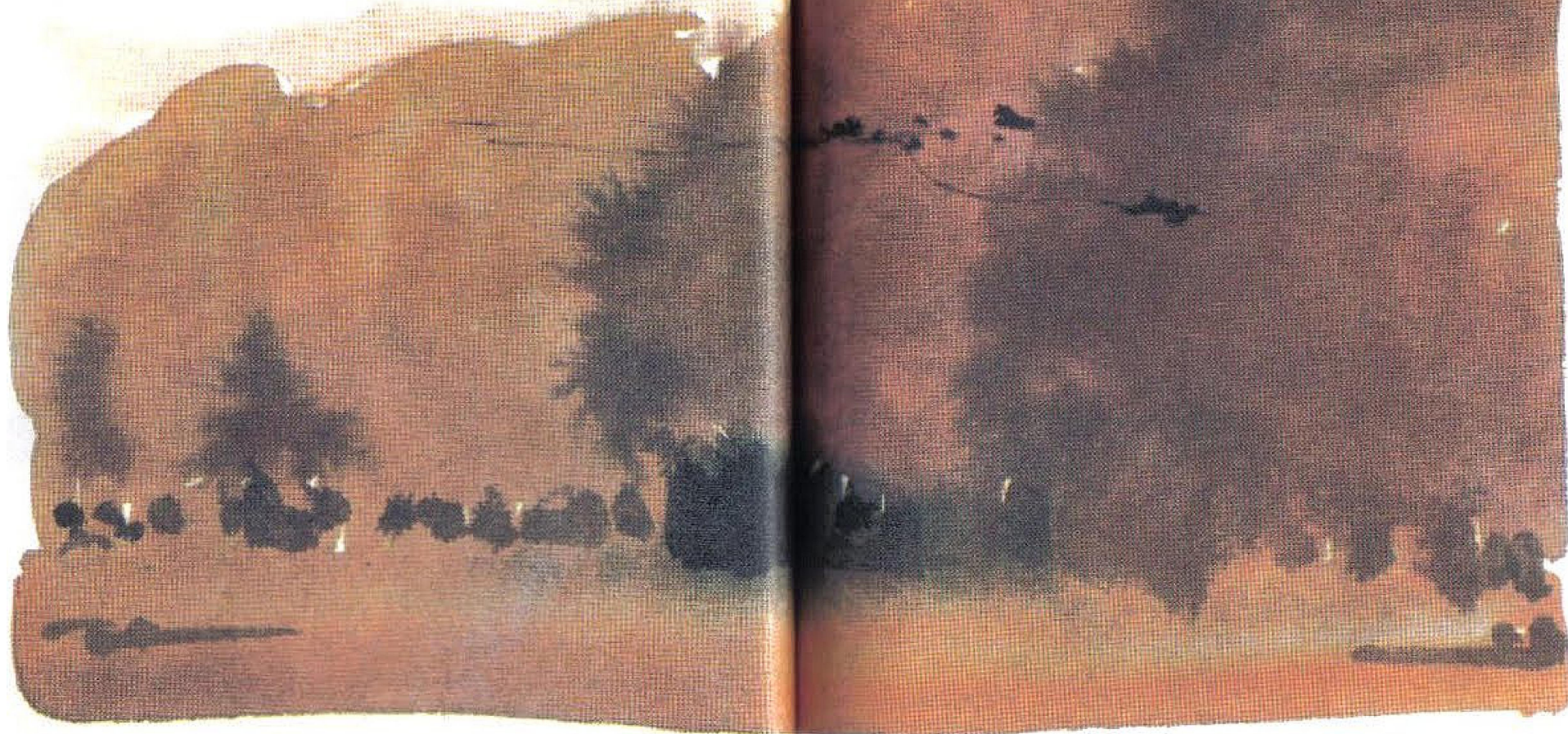


Los pájaros aceptaron  
con gran revoloteo.  
Se emplumaron un poco el pico  
y se fueron volando  
a la fiesta de Pocosmimos.

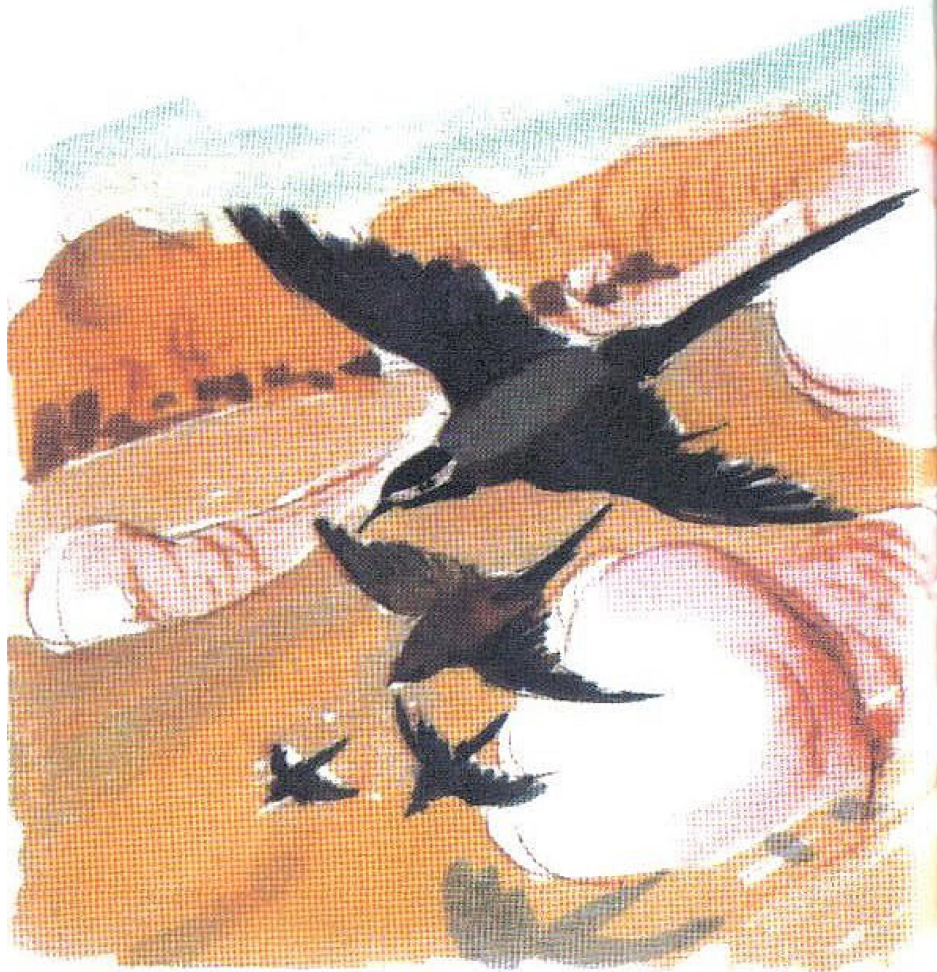


Pero cuando llegaron al bosque,  
se quedaron desconcertados.

Dieron vueltas y más vueltas,  
pero no vieron nada.



Ni un cartel,  
ni una pista,  
ni siquiera un mapa  
que les indicase el camino.



Pocosmimos agitó los brazos  
en señal de bienvenida.

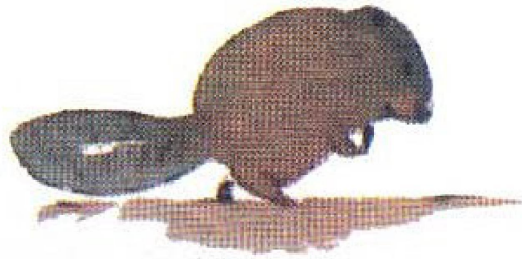
Pero los pájaros  
no encontraron su escondite.

Entonces, le piaron:

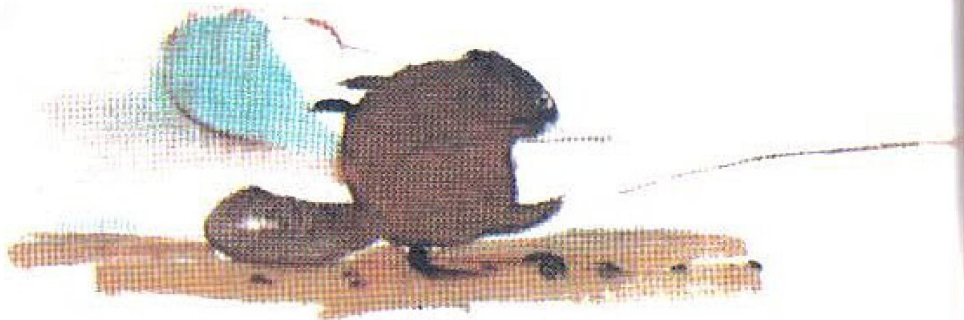
—¡De adivinar, ni hablar!

Y cruzaron el cielo con  
veloces aleteos.





Pocosmimos estaba desolado.  
Ya no tenía ideas festivas  
y tampoco lágrimas penosas.  
Ni siquiera tenía ganas  
de repetir su queja de siempre.



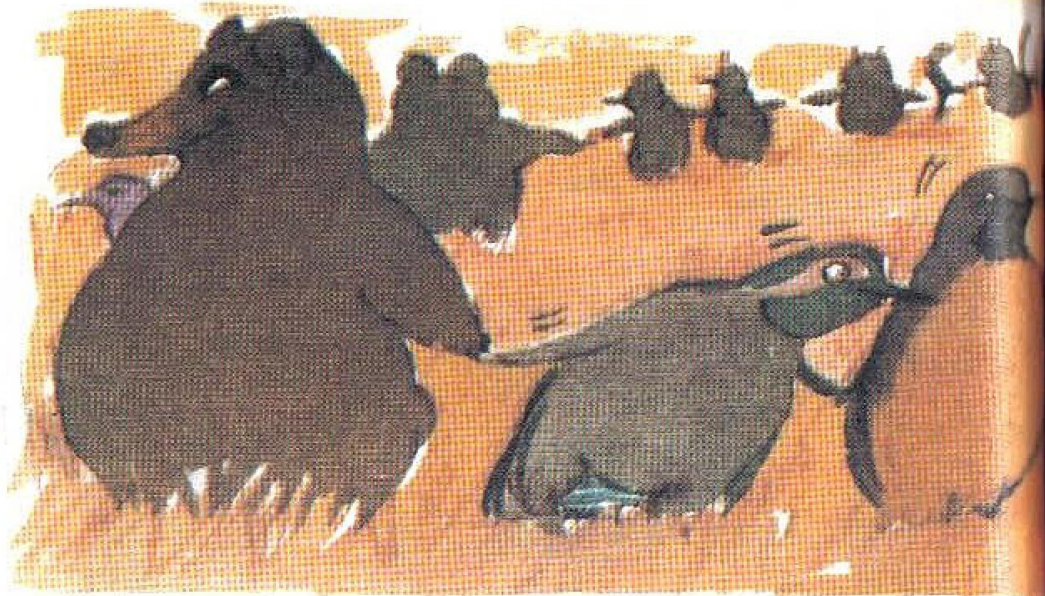
Empezó a andar despacio.  
Llevaba la cabeza colgando  
y los ojos desteñidos.  
Ahora pisaba una hoja.  
Después pisaba una flor.  
Ahora daba una patada a una pina.  
Después, no daba ninguna patada.



Y así,  
arrastrando su corazón,  
llegó a un prado muy bonito,  
lleno de sol.



Allí estaban los gatos golosos,  
los patos aburridos,  
los osos perezosos,  
los pájaros coquetos...



y también había  
una marmota atontada,  
dos lirones medio fritos,



tres ardillas traviesas  
y un montón de hormigas alocadas.



Todos jugaban juntos.  
Y saltaban cogidos de la mano.

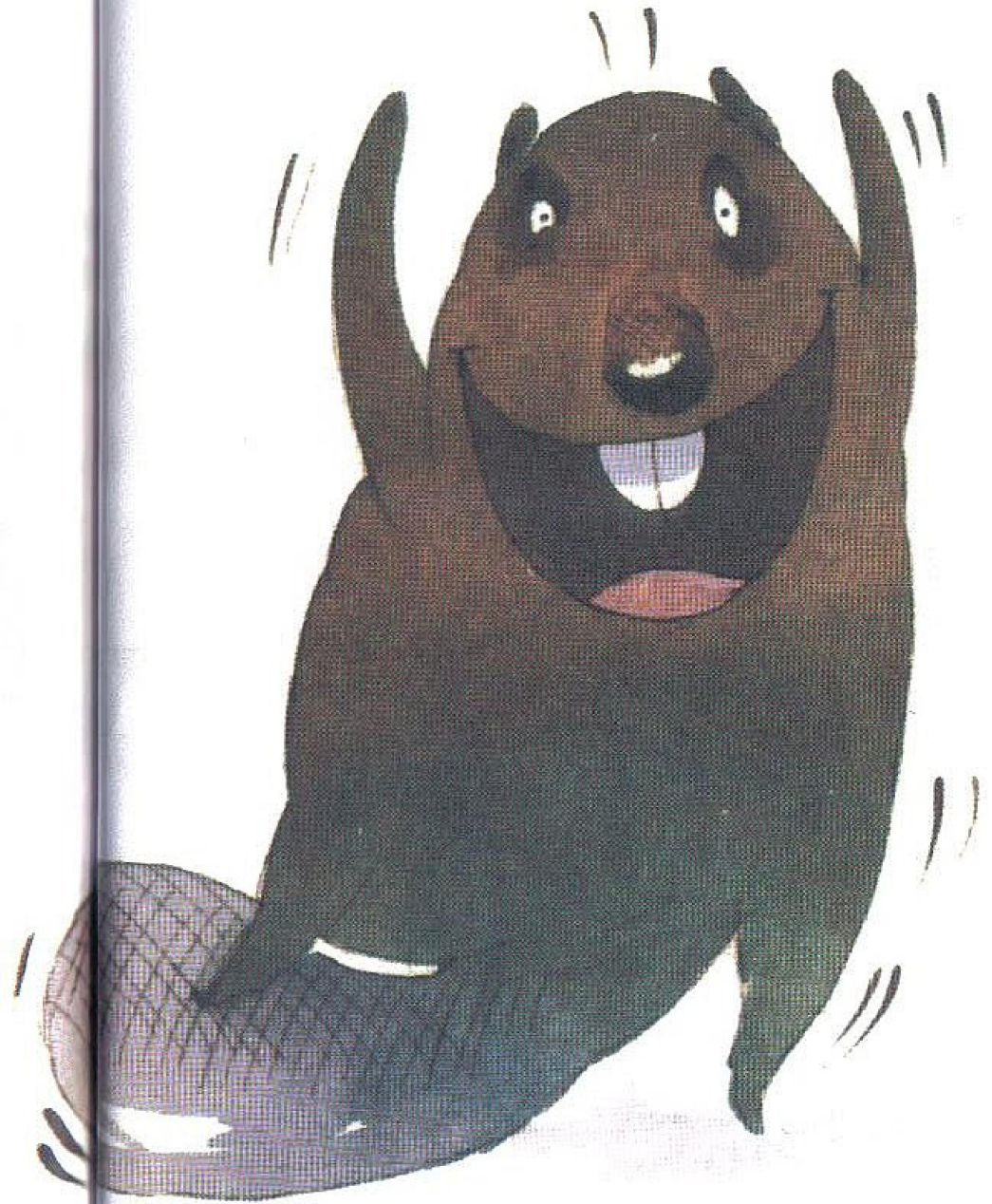


Cuando vieron a Pocosmimos,  
agitaron sus brazos  
en señal de bienvenida.

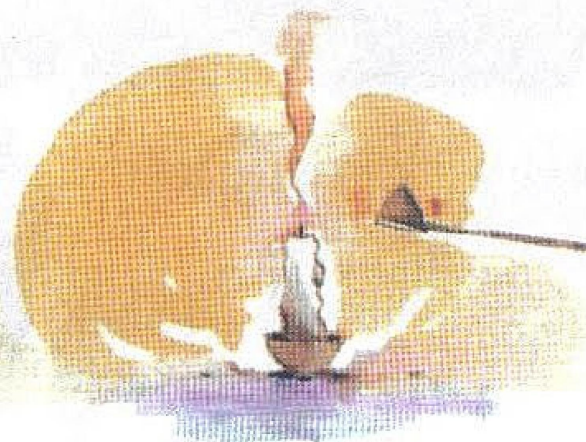
Entonces,  
Pocosmimos levantó la tristeza.  
Y explotó  
en carcajadas de felicidad.

—¡Tooooos eeren gaar onmiiiiio!  
—rió,  
y no se le entendió nada.

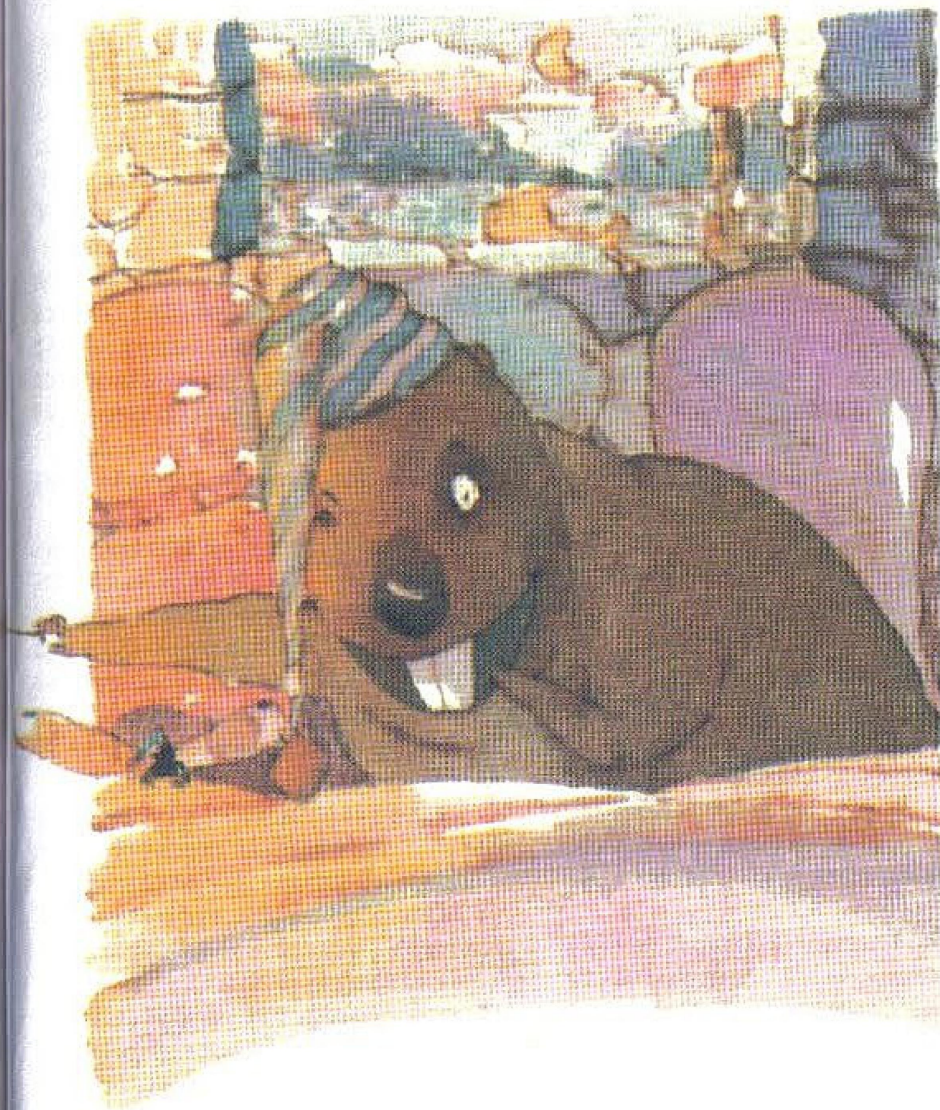
—¡To dos eeren gaar con mi go!  
—volvió a reír  
y a hablar al mismo tiempo.



Y, por fin,  
exclamó  
con una voz recién planchada:  
—¡¡¡Todos quieren jugar conmigo!!!



Así que,  
esa misma noche,  
Pocosmimos decidió  
cambiar su nombre  
y llamarse Muchosmimos.



Ni más ni menos.